

Alessandro Barbero

La guerra en Europa: del Renacimiento a Napoleón

Traducción de Pepa Linares



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *La guerra in Europa
dal Rinascimento a Napoleone*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: © García Pelayo Á./Anaya

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2003 by Carocci editore, Roma
© de la traducción: Pepa Linares, 2025
© Alianza Editorial, S. A., 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-999-7
Depósito legal: M-3401-2025
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. La guerra a finales de la Edad Media
9	Introducción
13	Armamento y táctica
19	Reclutamiento y organización
28	La estrategia
31	Guerra, cultura y sociedad
34	La guerra naval
37	2. De las guerras de Italia a la guerra de los Treinta Años
37	La primera revolución militar
48	El estatus del soldado
51	Reclutamiento y organización
60	La estrategia
68	La guerra naval
75	3. La guerra durante el Antiguo Régimen
75	Introducción
78	La segunda revolución militar
88	Los caballeros y «la escoria de la Tierra»
92	Los aspectos tácticos de la segunda revolución militar
100	Estrategia y logística
105	La guerra naval
111	4. Las guerras revolucionarias y napoleónicas
111	Introducción

112	El reclutamiento de los ejércitos
118	La evolución táctica
126	La estrategia
132	La guerra naval
134	Conclusión
137	Cronología
141	Bibliografía

1. La guerra a finales de la Edad Media

Introducción

Nuestro tratado comienza con el examen de la guerra tal y como se hacía en la Europa de finales de la Edad Media, que es, en lo esencial, la época de la guerra de los Cien Años (1337-1453) y también la época clásica de las compañías mercenarias italianas. Si hemos elegido este punto de partida no ha sido por respetar las divisiones cronológicas tradicionales, puesto que los historiadores actuales saben que el concepto de Edad Media es ilusorio, ya que abarca un periodo larguísimo en el que se produjeron cambios enormes. Y esto vale también para el modo de hacer la guerra, que en los siglos que aquí nos interesan era completamente distinto al modo en que se hacía, digamos, en tiempos de Carlomagno o en la época feudal. Por tanto, si hablamos de «finales de la Edad Media» es solo por comodidad, para referirnos a la época que va de mediados del siglo XIV a mediados del siglo XV. Y si partimos de ese punto es porque en aquel tiempo la guerra presentaba características propias que deben conocerse

para entender las transformaciones introducidas con posterioridad, desde el Renacimiento hasta Napoleón.

Entonces, ¿qué es lo que caracterizaba el modo de hacer la guerra en la Europa de los siglos XIV y XV? Ante todo, que se había convertido en un asunto exclusivo del Estado y que así iba a mantenerse hasta hace muy poco tiempo. La situación había sido muy distinta en la época feudal, es decir, *grosso modo* durante los siglos que están a caballo del año mil. En aquellos tiempos la guerra era cosa de la nobleza militar, de los señores armados que gobernaban los campos y que, con sus escuadras de caballeros, no dudaban en resolver los litigios combatiéndose los unos a los otros. Era una guerra a pequeña escala, que involucraba a unos cuantos centenares de hombres, en un ámbito puramente local y por una duración de pocos días; se luchaba, tal vez, para ampliar los límites de la señoría o por la posesión de un molino o de una casa fuerte, pero era un fenómeno omnipresente y hasta endémico en la totalidad del territorio europeo, cuyo rastro se dejaba sentir por todas partes en la vida cotidiana. Ciertamente, en la época feudal también era posible que un rey reuniera un ejército de mayor tamaño para enfrentarse a otro rey, pero incluso en tales casos se trataba de operaciones locales, de breve duración y con ejércitos que raramente contaban con más de un millar de caballeros.

La situación cambió en los siglos XIV y XV. Y cambió porque los reyes gobernaban ya conjuntos administrativos de una cierta complejidad, disponían de grandes recursos financieros y estaban en condiciones de poner en el campo ejércitos más importantes y de proyectar campañas de mayor alcance, mientras que los nobles locales habían visto reducirse sus espacios de autonomía y la guerra entre vecinos se

había convertido en una opción cada vez menos útil para resolver las controversias privadas. Hablamos, claro está, de los reyes, porque la inmensa mayoría de la población europea era súbdita de un rey, pero lo mismo vale para aquellas zonas del centro y del norte de Italia, donde el bloque estatal se establecía en torno a un gobierno comunal, es decir, donde era una ciudad dominante la que controlaba el territorio, distribuía la población y monopolizaba el empleo de la fuerza. Por otra parte, en todo nuestro recorrido, más que las diferencias entre los regímenes monárquicos del otro lado de los Alpes (y del sur italiano) y los comunales de la Italia del centro y el norte, intentaremos destacar los numerosos aspectos comunes, acentuados, además, por el hecho de que, en esta época, como Milán primero con los Visconti y luego con los Sforza, muchos dominios ciudadanos cayeron bajo la autoridad de un tirano que se transformaba en príncipe, es decir, casi en un pequeño rey.

Así pues, nuestro punto de partida es esa época de la historia de Europa en que la guerra, después de haber sido durante siglos una realidad local, extendida y privada, se convierte en un asunto público, monopolizado por el Estado. La consolidación del Estado y los cambios en el modo de hacer la guerra fueron de la mano durante los siglos XIV y XV, y hasta podría decirse que la una no resulta comprensible sin los otros. En efecto, tanto el aumento de los recursos que el Estado conseguía de la sociedad, imponiéndole una fiscalidad cada día más gravosa, como la mayor articulación del esfuerzo administrativo de las burocracias estatales, parecían destinados muchas veces, antes que a otros fines, a crear las condiciones para que los gobiernos pudieran hacer la guerra con mayor eficacia.

Pero cabe añadir que, precisamente porque podían destinar a la guerra unos recursos de tanta importancia, los gobiernos de la época estaban cada vez más dispuestos a hacerla, y a hacerla a una escala mayor. En los siglos feudales, cuando la violencia de los señores era omnipresente en el terreno local, los reyes se hacían la guerra entre sí solo raramente y con una expectativa casi religiosa, como si se sometieran a un juicio de Dios. Pero en los siglos XIV y XV, al tiempo que era menos frecuente ver a un rey en persona a la cabeza de sus ejércitos, la guerra se hacía casi ininterrumpidamente.

La historia de esta época está atravesada por una continua sucesión de conflictos de amplia escala y de larga, a veces larguísima, duración. La guerra de los Cien Años en Francia; la guerra de las Dos Rosas en Inglaterra; las guerras entre el ducado de Milán y la república de Venecia, y las de Florencia y el papa, en Italia; el enfrentamiento de los Anjou y los aragoneses en el Mediterráneo; las guerras marítimas entre Génova y Venecia; las guerras de expansión de los duques de Borgoña en Francia y en Flandes, y de los reyes de Inglaterra en Escocia; las guerras dinásticas y la Reconquista contra los musulmanes en España; las guerras de los husitas en Bohemia; las guerras de la Orden Teutónica con Polonia, Rusia y Lituania; y el avance de los turcos otomanos en los Balcanes, son solo los conflictos más importantes que asolaron gran parte de Europa en el espacio de poco más de un siglo, lo que ha llevado a pensar a los historiadores que se trató de una época de crisis gravísima, casi del ocaso de una civilización. Sin embargo, es una impresión unilateral, que hace ya tiempo se ha revisado como es debido. Quien ha vivido en el siglo XX sabe bien que una época puede caracterizarse por guerras espantosamente atroces y al mismo tiempo por un

enorme progreso tecnológico y por la mayor extensión del bienestar. Un diagnóstico que puede aplicarse perfectamente a los siglos XIV y XV.

Armamento y táctica

La hegemonía del caballero con armadura

La esencia de la guerra es siempre, de una u otra forma, el combate. Tanto la estrategia como el reclutamiento y la organización de los ejércitos dependen del tipo de combate que debían afrontar; por tanto, nuestro análisis ha de partir del armamento y del modo de combatir típicos de la Europa de los siglos XIV y XV. Para un gobierno de la época, poner un ejército en el campo significaba ante todo reclutar caballeros con armadura, provistos de lanza y espada. Naturalmente, a ellos se sumaban combatientes de otro género, tanto infantes como ballesteros o arqueros a caballo; es más, veremos que el propio caballero se concebía como el jefe de una escuadra integrada por combatientes de distintas especialidades, pero el elemento predominante de todo ejército era siempre la caballería. El tratado de Rivoltella, firmado en 1448, establecía que Venecia ayudara a Francesco Sforza en su lucha por adueñarse de Milán proporcionándole de inmediato cuatro mil caballos y dos mil infantes, además de otros dos mil caballos en el plazo de un mes; y cada vez que nos informamos sobre un ejército vemos que los caballeros son más numerosos que los infantes o, a lo sumo, iguales en número.

Importa insistir en este predominio de la caballería, que se prolongó hasta finales del siglo XV tanto en los campos de

batalla de los condotieros italianos como en los de la guerra de los Cien Años. En efecto, la historiografía militar ha enfatizado con demasiada frecuencia la importancia de algunas batallas ganadas por la infantería de a pie contra ejércitos de caballeros, como si marcara el fin de la caballería medieval, un papel que se ha atribuido de vez en cuando a la batalla de Courtrai (1302), ganada por los burgueses flamencos a la caballería del rey de Francia, o a las grandes victorias inglesas de la guerra de los Cien Años, Crécy (1346), Poitiers (1356), Azincourt (1415), debidas en gran parte a la participación de los arqueros armados de arco largo. Pero, en realidad, se trató de episodios aislados, aunque sonadísimos, que, más que determinar su decadencia, estimularon la evolución táctica y tecnológica de la caballería.

Esta evolución técnica se refiere sobre todo a la armadura. El siglo XV asistió a la consolidación definitiva de la armadura de placas de hierro construida con técnicas sofisticadas, en las que destacaban los artesanos milaneses y alemanes. Son las mismas que todavía vemos hoy en un gran número de museos y armerías, aunque conviene advertir que la gran mayoría de las conservadas es posterior a 1450 y suele pertenecer a los siglos XVI y XVII. Confeccionada con numerosas piezas articuladas para cubrir por entero el cuerpo del combatiente, incluidas las juntas, la armadura se había hecho también más ligera gracias al progreso de la metalurgia. La imagen popular del caballero encerrado en una armadura tan pesada que necesita un elevador para montar a caballo vale, a lo sumo, para las armaduras de los torneos, que estaban especialmente reforzadas y eran estructuralmente distintas a las de guerra. Estas últimas distribuían por todo el cuerpo un peso de unos cuarenta kilos, considerable, sí, pero no superior

al equipamiento completo de un *marine* de nuestra época arquitectológica. En cuanto a la evolución táctica de la caballería, puede resumirse en la invención de la «lanza». Se llamaba así la unidad militar dirigida por un caballero con armamento pesado, llamado por lo común «hombre de armas», y que comprendía un cierto número de combatientes auxiliares. La composición de la lanza podía variar de un país a otro, pero durante el siglo XV tendió a reforzarse en todos los lugares. Hacia mediados de siglo, la lanza comprendía tres hombre a caballo, es decir, un hombre de armas, un vasallo capaz de hacer de combatiente auxiliar y otro vasallo o paje, por lo general desarmado. El primero, con armadura completa, montaba un caballo de guerra o un rocín, mientras que el tercero cabalgaba siempre sobre un animal de poco valor. Más adelante, la lanza llegaría a comprender seis o siete hombres: además del hombre de armas, un caballero con armamento ligero, dos o tres vasallos, y finalmente, sobre todo fuera de Italia, un par de arqueros o ballesteros, que se trasladaban a caballo, aunque desmontaban para combatir.

La organización en lanzas fue universal en los ejércitos del siglo XV. Por un lado, cumplía una función administrativa, ya que los estipendios, como veremos mejor en el siguiente epígrafe, se pagaban en base a las lanzas y, en general, los integrantes de cada lanza eran dependientes o socios de armas de quien la comandaba. Pero al mismo tiempo, el origen de la lanza era evidentemente táctico. Surgió de la comprensión de que los hombres de armas, que con su poderosa fuerza de choque seguían constituyendo el núcleo de todos los ejércitos, para operar mejor en el campo debían estar acompañados de caballeros con armamento y monturas más ligeras,

así como de tiradores, para lograr la flexibilidad táctica que los anteriores ejércitos de caballeros no siempre conseguían. Acompañado por sus auxiliares, provisto de cabalgaduras de refresco y protegido por una armadura técnicamente avanzada, el caballero del siglo XV fue más que nunca el rey del campo de batalla.

Esto no significa que no existiera la infantería. En la guerra había muchas tareas que no podían confiarse a los hombres de armas o, en todo caso, no siempre a ellos, como la construcción y defensa de un campamento o el servicio de guarnición en los castillos y las ciudades fortificadas. En la medida en que la guerra no se reducía a los combates campales, era evidente que toda fuerza armada necesitaba un cierto número de combatientes a pie. Y esto tanto más cuanto que, comparada con la caballería, la infantería salía más barata, de manera que habría sido absurdo no reclutar una cierta cantidad de tales combatientes. Por lo general, en una compañía de infantería, una parte de los hombres iban armados con arcos y ballestas, otra parte con lanzas, y había aún otra encargada solo del manejo de grandes escudos de madera, los paveses, que podían plantarse en el suelo para fortificar una posición. Así pues, la infantería podía ocupar el terreno y proporcionar apoyo a la caballería, pero representaba un papel secundario en los combates campales, tanto más cuanto que la ayuda más cercana a los hombres de armas estaba asegurada por los otros integrantes de la lanza. La composición de los ejércitos muestra con toda claridad que cada comandante trataba de tener solo el mínimo indispensable de infantes. Es más, entre mediados del siglo XIV y mediados del siglo XV, la proporción de los combatientes a pie en el campo se había reducido respecto a la

época anterior; otra confirmación de que las mejoras técnicas y organizativas habían afectado sobre todo a la caballería, lo que reforzó su hegemonía en los campos de batalla.

Las semillas del cambio

Las semillas de un cambio, incluso de una auténtica revolución militar, estaban presentes ya hacia finales de nuestro periodo. Hacia mediados del siglo XV todos sabían que los montañeses suizos habían inventado un nuevo modo de combatir, del que se hablaban maravillas. Reunidos en compañías numerosas y adiestrados para combatir en grupo, con un piquero que mantenía a raya a la caballería enemiga, un alabardero para el combate cercano y uno o dos tiradores armados de ballesta o de la primitiva arma de fuego que era la culebrina, los infantes suizos no temían a nadie, y todo el que los veía luchar quedaba impresionado por su eficacia. Los gobiernos ya estaban dispuestos a gastar enormes sumas para asegurarse sus servicios como mercenarios, y comenzaba a difundirse la idea de que quien tenía a los suizos de su parte disfrutaba de una ventaja técnica sobre el adversario.

En efecto, si en aquella época todo el mundo creía que el secreto de la victoria estaba en aprender a coordinar con eficacia distintos tipos de combatiente, no cabe duda de que la integración de la pica con el arma de fuego experimentada por los suizos tenía mucho más futuro que la integración del hombre de armas con caballos ligeros y arqueros, que constituía el concepto básico de la lanza. Pero hasta la segunda mitad del siglo XV, los suizos, aunque famosos, estaban todavía poco presentes en los campos de batalla, y sus métodos

se hallaban en una fase demasiado experimental para atribuirles mucha importancia. La revolución militar que transformó la forma de combatir entre los siglos XV y XVI, que trataremos en el siguiente capítulo, se debió sin la menor duda a los suizos, pero antes de esa fecha la mayor parte de las guerras se combatieron sin ellos y con métodos que aún no acusaban su influencia.

En cuanto a las armas de fuego, su cometido era todavía escaso en los campos de batalla. Desde este punto de vista, la Europa de los siglos XIV y XV muestra aún el perfil de una cultura que ha conquistado una nueva tecnología, pero que se halla todavía al principio del largo camino necesario para aprovecharla eficazmente (por lo demás, podría decirse lo mismo del arte de la imprenta). Todos los gobiernos experimentaban con las armas de fuego y estaban visiblemente dispuestos a invertir a largo plazo en esa dirección, pero los resultados eran aún poco visibles. Los intentos de emplear armas portátiles en el combate, armando a grupos de escopeteros, como hicieron los Sforza en Milán, o sumando la culbrina y el arcabuz a la ballesta, como hacían efectivamente los suizos, continuaron siendo aislados y no cambiaron el curso de las batallas campales. El empleo de los cañones en la batalla tampoco era desconocido, pero sí irrelevante, salvo tal vez desde el punto de vista psicológico, dada la dificultad de trasladar la artillería, su escaso alcance y la enorme lentitud de su cadencia de tiro.

El empleo de la artillería de asedio resultaba más prometedor. Los primitivos cañones de la época, simples tubos de hierro, que debían trasladarse en carros e instalarse en soportes para dispararlos, eran en todo caso más eficaces que las armas de asedio tradicionales, balistas y catapultas, y poco

a poco las fueron sustituyendo durante la época que nos ocupa. A mediados del siglo XV, su superioridad estaba universalmente reconocida y, como consecuencia, comenzaron a cambiar tanto la técnica del asedio como el arte de la fortificación (pero estos desarrollos serán la materia del próximo capítulo). Al mismo tiempo, se hacía evidente que, a la larga, la nueva tecnología favorecería a los gobiernos más ricos, capaces de hacer inversiones verdaderamente elevadas en la producción de bocas de fuego de gran calibre, como los enormes cañones que el sultán turco Mehmed II mandó fundir en 1453 para el asedio de Constantinopla. En este sentido, el progreso de las armas de fuego contribuía a reforzar el creciente monopolio de la guerra por parte del Estado, sobre todo de los Estados más poderosos, que es una de las características fundamentales de esta época.

Reclutamiento y organización

De la movilización de los súbditos al reclutamiento de mercenarios

La vida de los ejércitos no se limitaba al combate, y hasta puede decirse que, desde el punto de vista histórico, era este el aspecto menos interesante de su actividad. Como ha escrito Michael Mallett: «Había que reclutarlos, mantener la disciplina y mantenerlos a ellos, pagarlos, controlarlos y, por último, desmovilizarlos». Es, pues, obligado preguntarse qué hacían los gobiernos de la época para reclutar y organizar sus fuerzas armadas. En términos generales, cabe decir que estos siglos marcan la transición de la movilización obligatoria de

los habitantes, que era el modo normal de reunir un ejército en la Edad Media, al reclutamiento de voluntarios, en su mayor parte profesionales contratados y pagados gracias al aumento de los recursos administrativos y financieros de los que disponían ya los gobiernos de Europa.

Al igual que sus predecesores, reyes y príncipes de los siglos XIV y XV (aunque lo mismo vale para los gobiernos de las ciudades), tenían derecho a pedir a sus súbditos que tomaran las armas para la defensa del país. No era, como se cree algunas veces, una obligación que afectara solo a los nobles, en cuanto vasallos del soberano, conforme a las reglas del derecho feudal, sino un deber común a todos los hombres adultos, en cuanto habitantes del país y súbditos del soberano. La diferencia entre los nobles y todos los demás era sencillamente esta: los nobles, al menos los que eran vasallos del rey y tenían en feudo sus castillos y sus tierras, recibían convocatorias individuales y debían presentarse con caballos y armadura; por otra parte, en caso de necesidad, también debían prestar servicio fuera del país, en las guerras de conquista, aunque en ese caso la obligación se limitaba a cuarenta días. Por el contrario, a la gente común se la convocaba a través de su comunidad de pertenencia, a la que se pedía que abasteciera y equipara a sus expensas un determinado número de hombres. Estos combatían a pie —aunque el gobierno imponía ciertos requisitos mínimos de armamento— y no solían prestar servicio en guerras ofensivas, sino solo para la defensa del país.

No obstante, el sistema, que se había creado durante los siglos anteriores, mostraba ya a comienzos del siglo XIV sus deficiencias. La burocracia no tenía el desarrollo necesario para conservar registros actualizados de aquellos que estaban

sujetos a la obligación militar, de modo que era muy fácil evitarla, y los contingentes reclutados eran siempre inferiores a las expectativas. La naturaleza contractual de las monarquías de la época, enteramente basadas en la perpetua negociación del príncipe con los diversos componentes del país, multiplicaba las solicitudes, o las pretensiones, de exención o limitación del servicio. Además, hacía ya tiempo que los sujetos obligados podían eludir sus deberes militares a cambio de un pago de dinero. Los gobiernos, por otra parte, estaban tan hambrientos de ingresos que muchas veces se convocaba a los vasallos y a las comunidades más con la intención explícita de conseguir dinero que gentes armadas, como si se tratara de un impuesto. Ese dinero servía para pagar a otros, porque incluso en el caso de los vasallos se había hecho prácticamente imposible poner en el campo a un caballero, aunque fuera para los cuarenta días de servicio obligatorio, sin reembolsarle los gastos y hasta sin pagarle un salario.

Es evidente que el sistema no bastaba para sostener las empresas bélicas de largo alcance que las potencias de la época estaban en condiciones de concebir y organizar. Aunque las obligaciones feudales y comunitarias no estaban abolidas formalmente, tanto es así que en situaciones de urgencia vemos que se invocaban todavía en el siglo XVI e incluso en el XVII, los gobiernos necesitaban inventar otro sistema para reunir ejércitos adecuados y sobre todo para mantenerlos en el campo sin el peligro de que los hombres, concluida su obligación legal, se volvieran a casa. La solución se halló en una relación de tipo contractual: los gobiernos contrataban a los combatientes al comienzo de una campaña, estipulando acuerdos concretos, en los que no se hacía referencia alguna a las obligaciones legales, sino exclusivamente al

salario acordado. El dinero era ya el verdadero nervio de la guerra. Se entiende, entonces, que el reforzamiento del Estado estuviera acompañado por el desarrollo de la fiscalidad, cuyo fin principal era en gran parte el sostenimiento del esfuerzo de guerra.

La contratación de los combatientes se llevaba a cabo con la mediación de unos emprendedores que reclutaban privadamente una compañía de hombres de armas o de infantes, para luego llegar a un acuerdo con el gobierno negociando un contrato que en Italia recibía el nombre de *condotta*. En el contrato se establecía el número y el tipo de combatientes, la calidad del armamento y de los caballos, el salario y los términos del pago, la modalidad del reparto de los rescates y del botín, así como la duración del servicio. Pero evitemos los anacronismos: estos que hemos llamado emprendedores y que, en realidad, se llamaban capitanes —o, en Italia, *condottieri*—, pertenecían a la nobleza militar, igual que sus hombres, a los que reclutaban precisamente por sus relaciones y su fama. Además, no se limitaban a gestionar el aspecto contractual, puesto que también comandaban a sus compañías en la guerra.

En las monarquías europeas, tanto los capitanes como la mayor parte de los hombres de armas eran súbditos del rey, por tanto no es correcto llamarlos mercenarios, porque los ejércitos reclutados a cambio de dinero conservaban también una connotación nacional. Fue en Italia donde las compañías adquirieron un carácter decididamente mercenario, bien porque no existía una monarquía nacional, sino un gran número de Estados más o menos grandes, siempre en lucha unos con otros, bien porque los recursos económicos de muchas potencias italianas, grandes centros comerciales y financieros

como Venecia o Florencia, eran enormemente superiores a los recursos demográficos, razón por la cual el tamaño de sus ejércitos no guardaba proporción con las dimensiones de país y debían estar compuestos en gran parte por forasteros.

En aquellas zonas de Italia, como el Estado de Florencia, donde prácticamente había desaparecido la nobleza feudal, donde las oligarquías urbanas, absorbidas por la actividad comercial, no estaban interesadas en las actividades militares, y donde, por motivos políticos, no gustaba armar a los campesinos, este sistema permitía disponer de importantes fuerzas armadas sin tener que imponer ninguna carga personal a los habitantes. En el próximo capítulo veremos que a los intelectuales italianos les preocuparon pronto las consecuencias negativas de este sistema, que ponía la seguridad del país en las manos de mercenarios extranjeros y podía destruir las presuntas virtudes guerreras de la población italiana, pero hasta finales del siglo XV es seguro que esta le pareció a casi todo el mundo la mejor solución.

De modo que toda campaña militar comenzaba con innumerables negociaciones a todos los niveles. Un hombre de armas interesado en participar podía reclutar a un servidor y un arquero dispuestos a formar su «lanza» mediante acuerdos individuales con cada uno de ellos. Después, se dirigía a uno de los capitanes que, según se sabía, estaba reclutando hombres, y negociaba con él, en nombre de todos, el ingreso en la compañía. Cuando el capitán había reclutado una cantidad suficiente de hombres, se presentaba en una fecha previamente establecida ante un funcionario del gobierno que pasaba revista a hombres, armas y caballos; esta etapa, fundamental para el funcionamiento del sistema, se llamaba «muestra». Cuando la compañía había «pasado la muestra»,

el funcionario (quizá tras embolsarse una «mordida»), declaraba que el grupo se atenía a las obligaciones contractuales; entonces, el capitán tenía derecho a recibir de la tesorería del Estado un determinado anticipo sobre su salario, generalmente de un mes, que distribuía en parte a los hombres, no sin haber hecho alguna sisa. En ese momento, la compañía entraba oficialmente al servicio y comenzaba a tomar parte en las operaciones militares, si bien debía pasar periódicamente otras «muestras» para confirmar que, pese a pérdidas, enfermedades o deserciones, el capitán se había ocupado de mantener el grupo con nuevos reclutamientos, que los caballos eran animales válidos y no rocines y que las armaduras no eran demasiado viejas, ni estaban herrumbrosas.

Las limitaciones del mercenarismo

Las mayores limitaciones de este sistema estaban, por un lado, en la relativa lentitud con que se conseguía poner en el campo a las compañías y, por otro, en la frecuente inexperiencia y, por ende, la escasa coordinación de los hombres, sobre todo cuando una compañía, reclutada para una empresa concreta, se disolvía inmediatamente después. Pero no menos grave era el peligro de que una compañía, en el momento en que el gobierno decidía prescindir de ella porque ya no la necesitaba, se negara a disolverse y comenzara a hacer la guerra por su cuenta, devastando los campos y viviendo a costa de los campesinos, como ocurrió con mucha frecuencia durante la guerra de los Cien Años.

En Italia, donde más que en otras partes las compañías estaban formadas por profesionales que no tenían más recursos

que la guerra, los capitanes dirigían auténticas empresas, muy complejas de administrar, que obviamente no se disolvían al acabar la campaña. En la primera mitad del siglo XV, el condotiero Micheletto Attendolo tenía a sus órdenes a 167 capitanes, cada uno de los cuales mandaba su escuadra de hombres de armas para un total de 561 lanzas, eso sin contar los secretarios y los contables que gestionaban la administración, y se mantuvo ininterrumpidamente activo, al servicio de uno u otro gobierno, durante un cuarto de siglo. En el caso de no encontrar a nadie dispuesto a contratarlas, las compañías como esta, militarmente más fuertes que muchos pequeños Estados, se convertían en una bomba andante. Entre 1354 y 1399, el municipio de Siena tuvo que pagar en veinticinco ocasiones gruesas sumas de dinero a varias compañías desocupadas que amenazaban con saquear su territorio. En cierta ocasión, el pago ascendió a casi 40 000 florines, lo que igualaba el activo circulante de una gran compañía mercantil como la de Francesco Datini.

Para resolver estos problemas, los gobiernos de la época probaron distintas soluciones. Algunos Estados italianos decidieron mantener en permanente servicio a los condotieros, firmando contratos que los obligaban a acuartelarse en el país y mantenerse también a disposición en tiempos de paz. Puesto que, evidentemente, el gasto continuaba, esta solución era muy costosa, pero, en aquella época, gobiernos como los de Venecia y Milán tenían una disponibilidad financiera igual o superior a la de las mayores potencias europeas gracias a la fabulosa prosperidad de su comercio. Se trataba, pues, de un compromiso sostenible. Al mismo tiempo, esos gobiernos se esforzaban por mantener políticamente vinculados a los condotieros que los servían mediante la